

conforme me dicta la prudencia, y después me quedo tan tranquilo como antes (1).»

En la modestia era en extremo edificante, y aunque sin afectación, andaba tan reconcentrado en Dios que sólo con verle se convirtieron muchas personas. Cuando estaba sentado tenía siempre el cuerpo recto y nunca se arrimaba al respaldo del asiento. Su prudencia resplandeció en los negocios delicadísimos en que por obligación de su cargo hubo de intervenir, y merced á ella hizo mucho bien en la corte, sin que sus enemigos hallaran por donde asirse para apartarle del lado de la Reina, hasta que recurrieron á la revolución del 68 para arrojar de España tanto al uno como á la otra.

Su piedad para con Dios se mostró de un modo muy particular en el interés con que miraba todo lo concerniente al culto divino, pues era tan amante del decoro de la casa del Señor que limpiaba por sí mismo los esputos de la iglesia y de los claustros de El Escorial en las altas horas de la noche, y cuando veía en el altar alguna vela inclinada él mismo avisaba ó lo arreglaba, y solía decir á sus familiares que el dejar las velas inclinadas era indicio de tener el corazón poco recto para con Dios (2). El celoso sacerdote D. Francisco Besalú, actual Rector de la iglesia de Montserrat en Madrid, que lo fué también por algunos años en tiempo que el P. Claret era Protector de dicha iglesia, aseguró que todavía hay personas que se acuerdan de cuando el Siervo de Dios recogía del suelo las pajuelas que veía en la mencionada iglesia de Montserrat, siendo Arzobispo.

Su espíritu era tan justo y recto que encargaba muy eficazmente á su mayordomo y á todos sus dependientes que pagasen con exactitud y presteza cuanto debiera y que no fuesen mezquinos en las retribuciones (3). Ningún pobre le pidió á quien no diera limosna, y socorria con largueza á los pobres vergonzantes, que no eran pocos, que se le presentaban en las horas de audiencia. No obstante, para evitar escándalos y sospechas no consentía de manera alguna que se le pidiese limosna en el confesonario, y si alguno lo hacía, le respondía

(1) Memorias inéditas del P. Claret.
(2) Declaración de D. Paladio Currius.
(3) Idem.

al instante: “Este no es lugar de pedir limosna, sino de confesar pecados (1).»

En la templanza fué maravillosa su virtud. “Su frugalidad en la comida,—escribe D. Carmelo Sala,—era tan notoria, que llegó á ser proverbial en la corte. Ni una sola vez siquiera le vi probar el vino ni clase alguna de bebida espirituosa, y una tan sólo, á repetidas instancias mías, le vi comer un poco de carne. Bien puede afirmarse sin temor que su habitual comida hubiera sido para otro un riguroso ayuno. El Sr. Claret, sin embargo, no daba importancia á tan grande abstinencia, y decía sencillamente: “Así me va mejor.», Cuán ingenioso fuese para encubrir su mortificación en este punto, se verá por el siguiente testimonio de D. Antonio Barjáu: “Aparecía,—dice,—comiendo las mismas cosas que los otros, y echaba carne en su plato; sin embargo, nunca se la vi comer á pesar de observarlo varias veces intencionadamente. Comía poquisimo, pero con tanto disimulo que sólo una experta observación podía comprender que su habitual comida hubiese sido para otros un riguroso ayuno (2).», Hablando de los convites de Palacio, dijo una vez en tono festivo que, al ver cosas muy buenas y gustosas y no probarlas, el suplicio de Tántalo, de que hablan los gentiles, podía ser una buena penitencia (3). Y por cierto que se ejercitaba en ella, pues el Sr. Marqués de Novaliches declaró en el Proceso que sólo comía en Palacio cuando le obligaban de oficio á asistir, y que las más de las veces ni desplegaba la servilleta (4), por lo cual era muy frecuente decir entre las personas que le observaban que el Sr. Claret tenía el cuerpo glorioso (5). El ejemplo edificante que daba en los convites de la corte contribuía no poco á evitar excesos en los demás, pues sólo comía algunas cucharaditas de sopa, alguna legumbre y fruta y nada más. “Muchas veces,—decía el Siervo de Dios,—he tenido á mi lado sujetos que en la misma mesa me han hablado de cosas espirituales y me han preguntado en dónde me hallarian para venir á confesarse (6).», No obstante

(1) Declaración de D. Paladio Currius.
(2) Declaración de D. Antonio Barjáu.
(3) Declaración de D. Vicente Lafuente. Ad art. 55.
(4) Declaración del Marqués de Novaliches. Ad art. 50.
(5) Declaración de D. Carmelo Sala. Ad art. 108.
(6) Manuscritos del Sr. Claret.

su gran abstinencia y mortificación, era sumamente afable y gracioso, y con sus dichos, tan oportunos como edificantes, hacía renacer la alegría en el corazón más triste. Véase, para muestra, lo que escribía desde Puerto Príncipe á D. Antonio Barjáu, con fecha 12 de Enero de 1855, para consolarle de ciertas ansiedades y tristezas que padecía: "Hemos de procurar estar siempre alegres y conformes á la voluntad de Dios y en los brazos de María Santísima, nuestra cariñosa Madre. No se acuerda de allá en España... cuando el hijo llorón se hallaba en los brazos de su madre, al momento se callaba y le venían ganas de reír, de manera que á veces en su cara se veían risas y lágrimas que se acababan de desprender de sus ojos. No hay duda que Ud. es algo llorón, y estoy seguro que si Ud. se coloca en brazos de su Madre y mía, la Virgen María, se reirá. Me acuerdo que una vez Fr. Junípero vió á su Padre guardián, que estaba muy gordo, que lloraba por cierta pena que pasaba, y el sencillo Fr. Junípero le dijo: "No llore, Padre, porque á los gordos no les está bien llorar, porque ponen una cara muy fea., Los que estamos gordos, como yo y Ud., no podemos llorar sino por nuestros pecados, y debemos siempre estar alegres en el Señor., En Madrid había muchas personas que buscaban su trato por lo bien que sabía amenizar las conversaciones con ciertos chascarrillos é historietas, de que tenía en la memoria abundante provisión, que instruían al paso que deleitaban, lo cual era tanto más deseable cuanto que tenía sumo gracejo en referirlas y agudo ingenio para sacar de ellas enseñanzas morales.

De su fortaleza de ánimo dió claras muestras en el sufrir terribles males de alma y cuerpo y en el cumplimiento exacto de sus deberes, aun con peligro evidente de la vida. Dejo aparte la fortaleza que mostró en callar y no quejarse de las persecuciones y calumnias de sus enemigos, pues ya se ha dicho lo bastante de ello; sólo haré mención de algunas otras cosas en que probó esta virtud, tan poco entendida de los mundanos, que llaman fortaleza á la tiranía, valor á la crueldad y heroísmo á lo que es con frecuencia una acción infame. En el cuerpo sufrió el P. Claret con invencible fortaleza las inclemencias del tiempo y las molestias naturales que ocasionan las picaduras de los insectos. En Cuba nunca usó quitasol ni en los viajes ni en las poblaciones, y cuando se le decía que

lo usara para librarse del calor ardiente propio de aquella región, respondía: "Más calor hace en el infierno., Cuando durante los viajes atravesaba montes en que había mucho *jején*, que son unos mosquitos muy pequeños que molestan gravemente por su picadura, aunque tuviera la cara y las manos llenas de dichos insectos, como muchas veces acaecía, no se los quitaba nunca, y á los familiares que hacían algún ademán para quitárselos, les decía que los dejaran cumplir con su oficio (1).

El Excmo. Dr. D. Benito Villamitjana, Arzobispo de Tarragona, refiere que estando el Siervo de Dios con sus Misioneros en el convento de la Merced de Vich, todos se quejaban de las pulgas, y con sobrada razón (2), menos el Sr. Claret, quien "me consta, — dice, — tenía más motivos que los demás. Pero no es esto todo: yo que lo sabía, me propuse observar hasta dónde llegaba su mortificación y el dominio que tenía sobre sí mismo. Pues bien: puedo asegurar que en los muchos días que estuve en observación largos ratos, ni una sola vez noté que hiciera diligencias para aliviarse, ni siquiera el menor movimiento mientras aquellos insectos estaban acibillando su piel. Creo que esto prueba más que el ayunar á pan y agua los últimos días de la Semana Santa, como también se practicaba en la Merced, ó el pasar años sin comer carne ni beber vino (3)."

El P. Lorenzo Puig, de nuestra Congregación, que sirvió al Siervo de Dios de capellán en los últimos años que estuvo en Madrid, atestigua que aunque el Sr. Claret, durante su vida, y más en los años posteriores de ella, padeció muchísimo por sus achaques corporales, sabía sufrirlos de tal modo que era menester tenerle muy estudiado para enterarse de su mal y aplicarle el remedio, y aun así decía á sus domésticos: "No se molesten Uds., que ya conozco yo lo que me conviene., "Sabe Dios mejor que yo, — les dijo un día, — los males que para mi bien espiritual he de sufrir. Si le hubiera yo pedido alguna mortificación, no hubiera acertado á pedir lo que necesitaba; y si algo de eso hubiera yo ahora de pedirle, se-

(1) Declaración de D. Paladio Currius.

(2) Es de advertir que aquel convento fué ocupado por los soldados antes que sirviese de residencia á los Misioneros.

(3) Carta del 12 de Noviembre de 1870.

rían las mismas mortificaciones y dolores que padezco (1).„

En repetidas ocasiones dió pruebas inequívocas de su valor y serenidad de ánimo. No temió jamás á sus enemigos ni dejó por causa de ellos de hacer el bien que pudo para la gloria de Dios y la salvación del prójimo. En su pecho no entró jamás ese pesimismo en juzgar las cosas, causador de tantos desalientos y muerte de tantas energías que podrían utilizarse en favor de la verdadera causa; antes por el contrario, estaba persuadido que la misma revolución del 68 no hubiera sido temible si todos los que podían y debían contenerla se hubieran mostrado más valientes. Cuando estalló dicha revolución hallábase él en Lequeitio al lado de la Reina, y aseguraba que si hubiera entonces tenido en sus manos las riendas del Gobierno, en vez de tomar el camino para Francia hubiera tomado el de Madrid; y á la verdad, que las cosas estaban en tal estado, que la presencia de la Reina en la corte, junta con la energía de los Ministros, hubiera infundido nuevos bríos á los defensores de Isabel, que sin duda se hubieran multiplicado. No tuvo respetos humanos para dejar de decir lo que su conciencia le dictaba, aun á trueque de exponerse á la indignación de los Reyes. En el año 1858, poco más ó menos, cuando la Reina Doña Isabel II entraba en una iglesia de la ciudad de Rioseco acompañada del Siervo de Dios, el pueblo comenzó á dar vivas á la Reina dentro del mismo templo. El P. Claret, al oír tales voces, gritó con todas sus fuerzas: „Señores, aquí no hay más reina ni más rey que el Rey del cielo (2).„

En la virtud de la castidad resplandeció tanto el P. Claret que parecía un ángel. No hablaba nunca á solas con personas de diferente sexo; y si alguna vez le visitaban ó la necesidad ó la caridad le obligaban á visitarlas, traía siempre consigo un compañero y dejaba abierta la puerta, y mientras estaba delante de ellas no levantaba los ojos del suelo. No gastaba con ellas bromas ni chistes, sino con palabras graves y prudentes y no más de las necesarias decía lo que era menester, y luego con modos urbanos cortaba la conversación y se despedía brevemente de ellas. Aunque el Señor, desde que en

(1) P. Lorenzo Puig. Notas biográficas.

(2) Certificado de D. Juan Lama, notario, residente en Santo Domingo de la Calzada.

Vich, cuando estudiante, tuvo aquella aparición de la Santísima Virgen, referida en otra parte, le había concedido una pureza angelical y preservádole para siempre de los estímulos de la carne, él, no obstante, fué siempre muy remirado; de manera que en Cuba no quiso administrar la Confirmación á una niña á quien su madre presentó poco cubierta, y como ésta se excusara con el excesivo calor que hacía, le replicó: „Más calor hará en el infierno (1).„ Un dibujante de Barcelona, llamado D. Juan Serra, que había trabajado mucho para los moldes de varios grabados que el Siervo de Dios puso en algunos de sus libros y opúsculos, solía decir: „Cuando se trataba de figuras por lo tocante al decoro, no he conocido señor más delicado que el P. Claret.„

16. Pero en lo que más se señaló, porque es el alma de la santidad y el fin de todos los santos, fué en el encendidísimo amor de Dios, que le abrasaba las entrañas y haciale prorrumper en ayes lastimeros por las ofensas que los hombres hacían á su Amado. El Rdo. D. Ramón Anglada, Beneficiado en la ciudad de Mataró, certifica que en uno de los sermones de la Cuaresma de 1845 predicada por el Siervo de Dios en aquella ciudad, enardecido de celo dijo: „Que si pudiese con algún sacrificio evitar un solo pecado, gustoso se resignaría á dejarse arrastrar por toda la tierra, aunque fuese hasta el día del juicio (2).„ Otra cosa parecida declaró en el Proceso informativo el muy ilustre Canónigo de la Catedral de Vich, D. Esteban Serra, con estas palabras: „Dirigiéndonos el Siervo de Dios en 1849 los santos ejercicios para recibir yo el sagrado orden del diaconado, entre otras fervorosas pláticas predicó una acerca del amor de Dios con tal ardor y lágrimas, que nos dejó á todos vivamente impresionados y parecía arrojarse, siendo notables las palabras que en medio de su fervor pronunció, á saber: „Con gusto sufriría ser arrastrado por un „caballo hasta el día del juicio á trueque de impedir un pecado mortal (3).„ Estas mismas ó semejantes frases, pronunciadas por el P. Claret en el púlpito de la Catedral de la misma ciudad, recuerdan todavía algunas personas ancianas, se-

(1) Declaración de D. Paladio Currius.

(2) Certificado del 2 de Febrero de 1884.

(3) Declaración de D. Esteban Serra. Ad art. 96 y 97.

gún lo aseguraron al Rdo. P. Clotet en estos últimos años. "Eran sus palabras llamas de amor divino, y sus obras y sus padecimientos ardientes brasas que mantenían en su corazón aquel ardoroso fuego. Por Dios emprendió grandes fatigas sin sentir incomodidad, antes el peso del trabajo, á que por Dios se sujetaba, le parecía deleitable. Por Dios sufrió gustosísimo dolores, enfermedades, afrentas, injurias y persecuciones (1).

"En las conversaciones, cuando entendía que sus familiares, — escribe uno de ellos, — conversábamos sobre cosas indiferentes, pronto entraba con nosotros diciéndonos: "Yo „quisiera amar á Dios: señores, díganme, ¿por qué no amamos „á Dios amándonos Él tanto? Decidme, ¿cómo he de hacerlo „para amarle muchísimo?„ Otras veces, para estimularnos al amor de Dios, nos decía: "Si damos un pedazo de pan á un „perro, inmediatamente nos hace fiestas mostrándose agrado; y dándonos Dios tantos bienes como disfrutamos, „¿cómo no le amamos nosotros y nos mostramos tan ingratos (2)?„

"Cuando esté en el cielo, — decía á veces el Siervo de Dios con una expresión de gozo inefable, — me gozaré más de la gloria de Dios que de la mía propia, viéndole allí tan amado de todos los ángeles y santos.„

Al salir de visitar á Jesús sacramentado en las Cuarenta Horas, decía á veces, con el rostro inflamado, á su capellán el Padre Puig, que fué un Misionero muy fervoroso de nuestra Congregación: "D. Lorenzo; deseo amar mucho á Dios; pídale usted que me conceda su santo y perfecto amor „; con las cuales palabras daba bien á entender el espíritu de que estuvo siempre animado. Conociendo que en los padecimientos están las pruebas más sinceras del amor, tenía verdadera hambre de ellos, á pesar de los muchos y de todo género que por todos lados le rodeaban. "Yo soy un asnillo de Jesucristo, — decía con gracia; — él me dará pienso cuando quiera; el día que no pasemos algún trabajo, quejémonos amorosamente á Dios como lo hacía Santa Teresa, diciéndole: *Señor, ¿qué os he hecho yo para que no me favorezcáis? Ó padecer ó morir; no morir,*

(1) Memorias inéditas del Rdo. P. Clotet.

(2) Declaración de D. Paladio Currius.

sino padecer. Dios haga de mí, que soy un mal sacerdote, un buen mártir (1).„

17. Para terminar este cuadro citaré lo que el distinguido orador sagrado D. Mariano Saniás refiere en una carta que tengo á la vista. Dice así: "Nuestras conversaciones en aquella ocasión (por los años de 1865) á veces duraban una hora, que me parecían pocos momentos, porque el Sr. Claret tenía tal habilidad en hablar de Dios (y todas sus conversaciones eran de Dios), que arrebatava deleitando; y aunque se descubría en él un particular estudio en ocultar sus virtudes, en estas ocasiones él mismo se hacía traición, pues el fuego del amor de Dios que ardía en su corazón le salía, como suele decirse, por la boca. Esto mismo experimentaban cuantos conocí que le habían tratado de cerca, algunos de ellos hombres de Estado y eminentes en política, que me abstengo de nombrar, los cuales aseguraban unánimes que el Sr. Claret era un hombre todo de Dios. Este mismo era el concepto que tenía formado el Ilmo. Sr. Conde y Cerrado, Obispo de Plasencia. Si mal no recuerdo, en la Junta general que los socios de las Conferencias de San Vicente de Paúl de Madrid tuvieron en el día de la festividad de la Inmaculada Concepción, 8 de Diciembre de 1857 ó 1858, asistieron á ella el Excmo. Sr. Arzobispo de Toledo, que lo era el P. Cirilo, el Sr. Patriarca de las Indias, el Sr. Nuncio de Su Santidad, Mons. Barilli, y el sobredicho Sr. Obispo de Plasencia. Habían hablado el Sr. Nuncio, el señor Presidente y el Sr. Arzobispo de Toledo, y si bien éste fué muy breve, los otros dos, en particular el primero, estuvieron tan largos y tan pesados que todos deseaban se acabase, cuando tomó la palabra el Excmo. Sr. Claret, y á los cinco minutos ya se había ganado los corazones y la atención de todos, de tal suerte que entusiasmado y arrebatado de admiración el Sr. Obispo de Plasencia, sin poder contenerse, no pudo menos de exclamar, en vista de tan admirable sencillez, de tanta claridad, de tanta unción y de un no sé qué de sobrenatural que había en aquel lenguaje: *Para hablar de Dios como Claret, es preciso ser todo de Dios como Claret.* Palabras que hicieron suyas y repitieron después cuantos tuvieron la satisfacción de oírle en aquella reunión. Y es que á todas las personas les su-

(1) Carta de D. Juan Codina, 19 de Noviembre de 1870.

cedía lo mismo, y el que escribe estas líneas pudo experimentar: cuando hablábamos de Dios con él, sentía yo una cosa que no me la podía explicar, y había de concluir afirmando lo que los demás aseguraban, á saber: que el Sr. Claret, para hablar y explicar las cosas de Dios, poseía una ciencia que tan sólo la poseen los santos (1).»

(1) Carta de D. Mariano Saniás, 3 de Abril de 1882.



CAPÍTULO XII

CÓMO EL GOBIERNO RECONOCIÓ EL "REINO DE ITALIA," Y SE SEPARÓ EL SEÑOR ARZOBISPO DE LA CORTE Y VOLVIÓ Á ELLA POR MANDATO DEL PAPA.

1 Preliminares y actitud del P. Claret con respecto á la Reina. — 2. Consecuencias de la cuestión. — Exposición de los Prelados. — Única *oveja* del P. Claret á punto de ser devorada. — 3. Oposición del Papa al reconocimiento. — 4. Momentos decisivos. — O'Donnell y la Reina: engaños del primero, flaqueza de la segunda. — Consejo de Ministros. — Isabel cede con repugnancia. — Amarga reconvencción del Siervo de Dios. — 5. Sepárase éste de la corte: declaración que hace desde Barcelona. — Despecho consiguiente de los liberales. — 6. Sus actos de celo en Vich. — 7. Conflicto en que se vió. — Instancias de la Reina. — Carta del Nuncio. — Jesucristo le saca de dudas. — 8. El P. Claret entre sus hijos. — Discreción de espíritus. — Profecías. — 9. Despidese de Vich. — Consuela á sus Misioneros de Gracia. — Curación maravillosa. — 10. Sale para Roma: su llegada. — Audiencia pontificia. — Vuelve por disposición del Papa al lado de la Reina. — Carta del P. Claret al Cardenal Antonelli. — Nuevo Calvario. — Consuelos: carta de Pío IX á Isabel II.

1. Continuando el orden cronológico de los sucesos en lo que podríamos llamar vida pública del P. Claret, tócanos hablar de un asunto muy trascendental para la España católica y para la Iglesia en general, cual fué el infausto reconocimiento del llamado *Reino de Italia*. Ya en 1862 los revolucionarios españoles querían á todo trance que el Gobierno español reconociera lo que sin faltar á la justicia, á la Religión y á la moral no podía reconocer, pues es bien sabido que el Reino de Italia habíase formado con los despojos de varios Soberanos legítimos y de gran parte de los sagrados dominios de la Santa Sede, y un reconocimiento semejante equivalía á sancionar la rapacidad pública, el sacrilegio y todas las revoluciones habidas y por haber. Afortunadamente, entonces ni la Reina ni el Presidente del Consejo estaban dispuestos á consentir en tanta iniquidad, y más de una vez la primera había dicho que perdería la corona, y el segundo que dejaría el mando antes